
SERMON

QUE EN HONOR
DE LA

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA

PREDICO EN LA CAPILLA
DEL SANTO CRISTO DE LA EXPIRACION DE MEXICO
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1879

EL

PBRO. LIC. TIRSO R. CORDOBA.

*In hoc cognovi quoniam voluisti me:
quoniam non gaudebit inimicus meus su-
per me.*

En esto he conocido que me has que-
rido, porque no se gozará mi enemigo
sobre mí.

Ex. Ps., XI, 12.

Católicos:

Afligido en extremo el Profeta Rey por la persecucion de sus enemigos y por la pérfida conducta de sus amigos, despues de desahogar su pecho quejándose al Señor con amargura, prorumpió de súbito en las sublimes palabras que acabo de traer á vuestra memoria. Síntesis de la fe de los siglos, ellas han levantado un eco incesantemente reproducido en el corazon de la humanidad. Clamor de una esperanza fundada en la misericordia y en el poder

infinitos, ellas infunden aliento inexplicable en las generaciones adoradoras del Verbo. Expresion del amor más puro y del más vivo reconocimiento, esas palabras llenan de júbilo á las almas que se complacen en tributar rendidos homenajes á las glorias de Dios. “¡Señor, dice á Jehová el amante David, he conocido tu singular predileccion hácia mí en que has dejado á mis enemigos alzarse en contra mia, para confundirlos luego en sus temerarios é inícuos planes, no consintiendo que se gocen en mi ruina.” *In hoc cognovi quoniam voluisti me: quoniam non gaudebit inimicus meus super me.*

Hé aquí, amados hermanos míos, reunidas como en un foco resplandecientes las prerogativas, los triunfos y las glorias de la Inmaculada Virgen María. La primogénita ante toda criatura, la que en los eternos consejos de la Trinidad Augusta fuera predestinada por la Omnipotencia, por la sabiduría y el amor de Dios, para la realizacion de su obra más admirable, al ver el odio de su antiguo enemigo y la perfidia de sus amigos, ha podido también exclamar, y exclama de continuo, como su ilustre progenitor: *In hoc cognovi quoniam voluisti me: quoniam non gaudebit inimicus meus super me.*

En el corazon de esta gran Reina, ante quien se prosternan y á quien alaban todas las reinas, están grabadas con eternos caracteres la prediccion de una lucha terrible, y juntamente la promesa más consoladora: lucha cuyos estragos son el espanto y confusion de todos los tiempos; promesa que mantuvo las esperanzas del antiguo pueblo de Dios, y cuya realizacion ha derramado en su nuevo pueblo torrentes de luz y de alegría: lucha iniciada desde el principio de los dias, y que solo acabará en el fin de ellos: promesa cuyo cumplimiento estableció el reinado del Salvador de las naciones, y cuya plenitud gloriosa va á consumarse en la eternidad.

El brillante triunfo de que habla tan misericordiosa promesa no puede faltar; que lo anunció Aquel cuyas palabras no pasarán jamás, como han de pasar los cielos

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

y la tierra. Pero sin el tremendo combate contra la Mujer predestinada, ¿puedese concebir la grandeza de su victoria? Ser, pues, el objeto de la eleccion del Omnipotente para entrar en recia lid con el enemigo infernal, forma la singular prerogativa de la Mujer que contempló extasiado el discípulo querido del Salvador: *In hoc cognovi quoniam voluisti me*. Quebrantar al fin la cabeza de la antigua serpiente, cuyas iras vió con terror el mismo Profeta de Patmos, constituye, hermanos míos, el espléndido triunfo de María: y con justa razon puede añadir esa Vencedora inmortal: *Non gaudebit inimicus meus super me!*

Pero, ¿qué gozo es ese por el cual ha batallado Lucifer tan rudamente desde el principio de los tiempos? Ese gozo, propio de los espíritus infernales, consiste en arrancar de la castísima frente de María la corona que para solo ella entre todas las criaturas formó la mano omnipotente. O para hablar sin figuras, ese satánico gozo veríase cumplido si el mundo desconociese á la Madre de Dios. Y ¿de qué modo? Negando su Concepcion Inmaculada, destruyendo para siempre el amor que los hombres le profesan, acabando por completo con su culto. ¡Abominable temeridad! ¡Insensato empeño! La Triunfadora va repitiendo en todos los siglos: *Non gaudebit inimicus meus super me!*

Repasemos hoy algunos rasgos de tan sublime historia, y nos persuadiremos, hermanos míos, de que ese culto odiado por Satanás ha salvado al género humano y está ligado íntimamente á sus destinos; lo que equivale á recordar las victorias de la Inmaculada sobre los errores y las herejías, y á buscar en esa fuente sellada y de limpias aguas de vida eterna, el remedio único para preservarnos del contagio que nos amenaza.

Remontémonos, pues, hermanos míos, no ya como nuestros padres, al impulso de una creencia puramente piadosa, sino, por dicha nuestra, en las alas de la fe dogmática, á aquel instante felicísimo en que el Señor creó este

nuevo y admirable portento, y regocijémonos con la Santa Iglesia por los triunfos de la Reina Inmaculada. Pero, ¿qué humano lábio puede narrarlos, ni ménos lábio tan torpe é impuro como el mio? ¡Ah, suplid vosotros á mi esterilidad! Vuestras tiernas plegarias, el aliento de vuestra fe, el fuego de vuestro amor, son sin duda ofrenda más digna de la Virgen sin mancha, que mis palabras frías como la nieve. ¡Madre dulcísima! ¡Excelso trono de la sabiduría increada! Haz que al hablar de tu grandeza, un destello de la divina gracia ilumine mi espíritu é inflame mi corazon, en tanto que reverente, en union de estos fieles hijos tuyos, te saludo con el Arcangel.—AVE MARIA.

I

El Dios que vive por sí mismo desde toda la eternidad sentado se halla en su Excelso trono, lleno de majestad y de grandeza. Su rostro es más bello que el jaspe y la sardonía, en expresion del sagrado libro del Apocalipsis (1), y en derredor de su encumbrado sòlio resplandece un íris cuyos fulgores opacan á los de las más vistosas esmeraldas. Trasladémonos, hermanos míos, con el espíritu á aquella gloria cuya hermosura inenarrable hizo desfallecer al más tierno de los evangelistas y al elocuente Apóstol de las gentes.

Es el momento más solemne y grandioso: el momento primitivo de los tiempos. Aquel Dios, tres veces santo, acaba de dar principio á la obra maravillosa de la creacion, realizando con un solo *fiat* de su omnipotencia los

(1) Apoc., IV, 3.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

eternos designios de su amor y sabiduría. Incontable muchedumbre de seres hermosísimos puebla ya los espacios de lo infinito. Son los espíritus angélicos. Como destellos luminosos de la inteligencia soberana, forman el primer eslabon de esa gran cadena de seres que compondrán el mundo de la naturaleza. En la profunda economía del pensamiento del Creador son llamados á la dicha suprema de ver por siempre, y sin sombras, la divina esencia, viviendo de su amor y en sus delicias por toda la eternidad. ¡Oh! qué armonía tan misteriosa y sublime va á establecer el Omnipotente, ligando como con vínculos de oro los destinos de la naturaleza con el orden de la gracia y de la gloria! No es posible ni enunciar siquiera tales designios y tamaño concierto, sin que repita el alma en su anonadamiento: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría de Dios! *O altitudo divitarum sapientiae et scientiae Dei!* (1)

Mas para la realizacion de ese plan inmenso, el Señor, á quien plugo enriquecer á los ángeles con las dotes naturales más preciosos, no quiere que entren en posesion de los tesoros de la gracia y de la gloria, sino despues de someterlos á una prueba digna de la justicia de un Dios, y en todo proporcionada á la naturaleza angélica. Esa prueba es la sumision absoluta de su sér, de su inteligencia, á la voluntad del Altísimo. Sacrificio completo; pero sin él, ¿cómo alcanzar justamente la plenitud de la recompensa?

Y, ¿cuál era aquella soberana voluntad? Que los ángeles y los hombres creyesen en Dios y en Jesucristo; porque *en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, consiste la vida eterna*, dice San Juan (2); y ni el sér angélico ni la criatura humana podían tener el principio de esa vida sin la adoracion humilde del Verbo Eterno, que para atraer á sí, como á su centro, los mundos de la natura-

(1) D. Pauli, Ad Rom., C. XI, v. 33.

(2) Joann., XVI, 3.

leza, de la gracia y de la gloria, para unir la tierra con el cielo, había de encarnar en el seno purísimo de una Mujer escogida por la Trinidad Augusta. Hé aquí, católicos, el principio del reinado de María sobre toda la naturaleza creada, mediante la divina maternidad á que es llamada por el Eterno.

La revelacion de tan portentosos misterios es para los ángeles fieles motivo del más puro regocijo. Con humildad profunda póstranse á adorar el decreto de su Dios cubriendo el rostro con las alas. Saludan en seguida al Rey de los siglos y á aquella Reina Inmaculada con *hosanas* que resuenan por toda la Jerusalem celestial, y en ella reciben desde luego el premio de su obediencia y de su amor. Luzbel, en tanto, llénase de ódio y de negra envidia, y á la cabeza de millones de secuaces se rebela contra el Altísimo. ¿Cómo habrá de reconocer por su Señor á un Dios humanado? ¿Cómo ha de rendir vasallaje á la hija del hombre?

“Obligado para ser dichoso, dice un sagrado orador, á deber el soberano bien á las misericordiosas bondades del Redentor, prefiere renunciar para siempre á una vida que su indómito orgullo le representa como un insulto á su excelencia, como la dádiva de un enemigo despreciable, más bien que deberlo á los méritos del Hijo de María, hecho desde entónces su más implacable enemigo (1).” Hé aquí el origen del mal moral que tantos estragos debía causar en la naturaleza humana: el principio de esa lucha formidable, tal como lo explican los más insignes teólogos, siguiendo á Santo Tomás de Aquino. Por lo demás, ¿quién ignora el tremendo castigo impuesto por la venganza del Omnipotente al enemigo de la Inmaculada? De la Inmaculada, sí, porque Luzbel comprende que el Verbo divino, santísimo y purísimo, no puede encarnar en el seno de una Madre que carezca de aquella prerogativa.

(1) Cambalot, Conferencias, pág. 31.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Pero arrojado del cielo el soberbio príncipe, no se confesará vencido: tratará de poner guerra al género humano, de corromperlo con el pecado, para que la hija del hombre, heredando tan funesta mancha, no pueda ser la Madre de Dios. ¡Increíble ceguedad del odio! ¡Vanos esfuerzos de la soberbia! En el primer asalto de tan furioso enemigo ¡ay, es verdad! el hombre será tristemente avasallado, y perderá con su inocencia primitiva la gracia del Creador; más no te goces, ¡oh Satanás! en tu victoria, que los vencidos se alzarán, rescatados en contra tuya, porque el Rey á quien desconoces ha de nacer de la Virgen á quien odias, y esa Virgen, divinamente preservada, no ha de verse ni un solo instante bajo tu yugo!

Non gaudebit inimicus meus super me!

Encontrados sentimientos de pavor y de regocijo, de suprema angustia y de consuelo indefinible se apoderan de nuestra alma, hermanos míos, cada vez que, meditando en nuestro origen, cruzamos por las edades con la rapidez del pensamiento, y contemplamos aquella primera escena de la gran tragedia de la humanidad. La voz de la infinita Justicia, más aterradora que la de todas las tempestades, y de la cual es apenas débil eco el estruendoso estrépito de muchas aguas, ha condenado á nuestros infelices primeros padres. Pero esa misma voz, determinando el carácter de la espantosa contienda que va á seguir entre el demonio y la criatura cuya felicidad arrebatará, anuncia la nueva derrota del enemigo de María. *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.* “Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia: ella misma quebrantará tu cabeza (1).”

En efecto, católicos, ¡qué cuadro tan espantoso nos ofrece el mundo durante los siglos que preceden á la rehabilitación del hombre! Cuanto la razón humana puede concebir de más triste y sombrío, de más degradante para

(1) Gén. C. III. v. 15.

los seres libres, de más absurdo para la inteligencia, de más monstruoso en la vida moral, tanto se halla con repugnante confusión en ese vasto conjunto de errores y perversidades. Es que Satanás despliega toda su furia en el combate: reinar quiere sobre la tierra, ya que no pudo reinar en las alturas, arrebatando al hombre la prometida herencia. Esta se vincula en las profundas humillaciones y en los méritos infinitos del futuro Libertador, y el Libertador ha de nacer de la Inmaculada. Flor purísima en la que ha de reposar el espíritu del Señor, brotará de una vara del tronco de Jessé, y esa vara, según la bella frase de San Ambrosio, no tendrá nudo ni aspereza alguna. Por eso el dragon intenta la ruina de la mujer por excelencia: *iratus et draco in mulierem*: y el exterminio de los que en ella ponen su esperanza, guardando la ley de Dios y el testimonio de Jesucristo: *et abiit facere praelium cum reliquis de semine ejus, qui custodiunt mandata Dei et habent testimonium Jesu Christi* (1).

Para conseguir su intento, el demonio hará brotar de la triple fuente de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida, un diluvio de crímenes y males que borrarán los caminos del Señor. El mundo queda envuelto en las tinieblas de la idolatría, y en medio de execrables desórdenes, Satanás recibe adoración de los hombres, cuando estos deifican todos los vicios y hacen la apoteosis de toda iniquidad. Mas los oráculos que han mantenido la fe y esperanza de los hijos de Dios, transmiten de gente en gente la consoladora promesa, y el día en que ésta se ve cumplida, disípanse las tinieblas de la abominación, torna á ser vencido el fiero enemigo, y oye clamar de nuevo: *Non gaudebit inimicus meus super me!*

¿Pero la lucha ha terminado? No, que va á recomenzar con más furor. La Esposa del Cordero canta ya las glorias de la Inmaculada: los hombres adoran á la gran

(1) San Juan. Apoc. XII. 17.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.